

Juan Martínez Otero

Próxima parada
LONDRES

© 2022, Juan Martínez Otero

© 2022, Alexia Editorial, S. L.

Segunda edición: noviembre de 2023

Tercera edición: julio de 2024

ISBN: 978-84-123628-7-9

Depósito Legal: M-5058-2022

Realización gráfica: Laura Morales Balza

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Para mis hermanos

GUÍA DE NARRADORES

La novela está narrada por distintos personajes. La numeración de cada capítulo depende de su narrador, conforme al siguiente sistema:

- 1 - Fran
- II - Natasha
- 3° - Max
- 四 - Mica
- 5ª - Miriam
- VI° - Vytas
- Sette - Francesco Brea
- Opt - Cornelia
- Nine - Comisario de policía

1

"Jacinto, ¿puedo llamarte?"

"Lláname cuando quieras Max."

"No soy Max. Soy Fran, un amigo de Pertu. Acabo de llegar a Londres. Pertu me ha dado tu teléfono y me ha dicho que si necesito algo te llame."

"Sí, sí, algo me dijo. Lláname cuando quieras. Max."

"¿No eres Jacinto?"

"Lláname Max."

Aquella conversación por WhatsApp estaba resultando realmente surrealista. Una cosa era estar desorientado en el aeropuerto, o no entender ni papa al pedir indicaciones sobre dónde coger el autobús o en qué parada bajarme. O llegar a una casa lúgubre y sucia en la que una mujer parecida a Misery me enseñara una habitación que en nada se parecía a la que había visto en las fotos de Internet. Todo aquello entraba dentro de mis planes, sabía que podía suceder.

Lo que no estaba previsto era mi absurda incapacidad de entenderme con otro español a través de WhatsApp. Parecía como si haber llegado a Londres hubiera reducido drásticamente mis facultades mentales.

Después de mirar un rato la pantalla y releer los mensajes varias veces, decidí llamar a Jacinto (o a Max). No tenía nada que perder.

-Hi!

-Hola -saludé de forma neutral, sin entrar a discusiones sobre el nombre de mi interlocutor-. Te llamo de parte de Pertu. Soy Fran.

-Hola Fran, ¿qué tal estás? ¿Has llegado bien? -me respondió una voz jovial al otro lado del teléfono.

-Pues el viaje muy bien, la verdad. Lo que pasa es que acabo de llegar al apartamento que había alquilado por Internet y...

-Y es un asco -me interrumpió.

-Efectivamente. No tiene nada que ver con las fotos ni con la descripción de la web. No me considero un tiquismiquis, pero no tengo ganas de quedarme en un sitio tan sucio. Y, además, me parece que los dueños son unos jetas. Supongo que mañana me pondré a buscar otro sitio, y quería preguntarte si se te ocurre por dónde podría empezar.

-Tranquilo tío. ¿Quieres venirte a mi piso unos días, hasta que encuentres algo? Tengo una habitación de servicio pequeña y podrías quedarte.

-¿En serio? No quiero abusar. Además, imagino que tendré que pagar aquí la primera semana...

-Haz lo que veas, pero si yo fuera tú no me quedaría allí ni un minuto. Ni les dejaría un solo pound. Piénsatelo. Te mando la ubicación de mi piso. Si eres amigo de Pertu esta es tu casa. Lo que pasa es que ahora estoy fuera. Si vienes, que sea a partir de las diez.

-Me lo pienso y te digo. Un millón de gracias, en cualquier caso.

-Por cierto, si vienes trae unas cervezas y algo de postre. Estás en tu casa.

-Vale. Te digo algo. Muchísimas gracias... ¿Jacinto?

-Llámame Max. Tengo que colgar.

2

Aunque no sabía bien quién era Max ni cómo era su piso, cualquier alternativa al tugurio regentado por Misery era necesariamente una buena opción, así que no lo dudé.

Tras explicarle en un inglés rudimentario que la habitación que me había enseñado no tenía nada que ver con las fotos de la página web, y amenazarle con publicar en Google, AirBNB y Tripadvisor una reseña negativa semanal durante el resto de mi vida sobre sus apartamentos, Misery accedió a devolverme la mitad de la fianza que había pagado por la habitación. La otra mitad, ciento cincuenta pounds, la di por perdida.

Misery 150 - Fran 0. Bien empezábamos.

La ubicación que me había enviado Max estaba en la zona norte de la ciudad, muy cerca de una parada de metro de la línea gris: Finchley Road. Eran las cinco de la tarde, así que tenía tiempo suficiente para llegar a su casa, echarme una siesta en un banco y leerme la segunda parte de El Quijote. "Y para comprar las cervezas y el postre", pensé sin poder reprimir una sonrisa. Con mis bártulos a cuestas -maleta, guitarra con su funda y mochila-, comencé a caminar lentamente hacia la parada de metro más cercana.

Una hora después, agotado del trajín del metro -escaleras, empujones y traqueteo-, me dejaba caer en el sofá de una cafetería situada a unos doscientos metros de la casa de Max. Sólo quedaban cuatro horas para las diez.

Lo primero que hice, antes siquiera de dar el primer sorbo del café helado que me había comprado como autohomenaje -"las

penas se alivian comiendo dulce”, suele decir mi hermana mayor-, fue llamar cuatro o cinco veces a mi amigo Pertu, que me colgó una llamada detrás de otra.

“Estoy en una reunión. Luego te llamo.”

“He escrito a Jacinto. Me ha contestado un tal Max. Pero da a entender que te conoce. Voy a dormir en su piso. Llámame antes de las diez y aclárame un poco el tema.”

“No conozco a ningún Max. Jacinto está loco. Pero es muy buen tío. Te vas a reír mucho.”

“Muchas ganas de reírme no tengo, la verdad. Supongo que es fácil tomarse las cosas a broma cuando después de tu reunión te esperan unos macarrones con tomate en el mantel de tu casa y tu serie favorita en Netflix...” comencé a escribir. Pero borré el texto. No iba a ganar nada haciéndome la víctima y lamentándome. Pertu no tenía ninguna culpa de que yo estuviera colgado. Así que le contesté:

“Si escribes a Jacinto y le preguntas por Max te lo agradecería. El cuelgue que estoy atravesando es máximo. Supongo que en un par de meses me reiré de esta situación. Ahora mismo soy técnicamente un *homeless*”.

“Jajajaja. Ahora le escribo. Ánimo Fran. Eres un grande y lo vas a petar. *It's showtime!*”

Es curioso cómo con cuatro simples mensajes Pertu era capaz de levantarme el ánimo. El hecho de tener un buen amigo “en línea” al otro lado del teléfono daba mucha compañía. Cuando se desconectó volví a sentirme un poco huérfano. En fin, era lo que había. Ahora tocaba relajarse y esperar.

Me arrellané un poco en el sofá y comencé a escribir mi primera reseña -sincera y objetiva- sobre los lúgubres apartamentos que acababa de dejar. El título me dejó bastante satisfecho: “*Welcome to hell*”.

No había escrito ni tres palabras cuando me llegó un mensaje de mi madre. “¿Has llegado bien? ¿Qué tal la habitación? ¡Manda fotos!”. Vaya. Sin pensarlo mucho, respondí un mensaje que, sin ser mentira, tampoco se ajustaba perfectamente a la verdad. No tenía sentido preocupar a mi madre inútilmente. “Todo genial mamá. La habitación estupenda. Y la casera insuperable. Ahora estoy dando una vuelta. Luego os mando algunas fotos y os llamo. ¡¡Besos!!”.

Terminada la reseña, dediqué un rato a buscar a Jacinto Dávila en Internet. Descartados los resultados relativos a un profesor venezolano de danza criolla, la mayoría de resultados se referían a un prestigioso médico del Hospital Virgen de la Vega, en Salamanca. A juzgar por las fotos, debía ser el abuelo del amigo de Pertu. También encontré fotos de un empresario más joven, de unos cincuenta años, vinculado de alguna forma con Burger King; y de un chaval que debía tener mi edad.

No hacía falta ser detective para deducir que el nombre de Jacinto pasaba en esa familia de padres a hijos, en una de esas tradiciones que quienes nos llamamos Francisco López no estamos en situación de comprender. Jacinto Dávila III, el chico de mi edad, no tenía perfiles en las principales redes sociales, o al menos yo no los encontré. En las pocas fotos tuyas que encontré parecía un chaval formal y alegre.

Identificado a mi probable anfitrión, me lancé a investigar el nombre de Max Dávila, a fin de estar preparado para cualquier eventualidad. Solo encontré resultados de un luchador de Pressing Catch con cara de troglodita, que vestía unas mallas blancas y rojas y lucía una cresta naranja. “Si me abre la puerta este tío, le dejo las cervezas y el postre en el felpudo y me vuelvo al infierno con Misery”.

El tiempo pasaba lento. Estuve leyendo un rato una novela policíaca de Mankell, que me tenía bastante enganchado. A eso de las siete pregunté a un camarero dónde había un supermercado cercano. El chico, un italiano muy amable, me dio las indicaciones y se ofreció a guardarme el equipaje en la cocina de la cafetería. Ya con las cervezas, unas natillas y algo de desayuno para la mañana siguiente, volví a sentarme en la cafetería y me pedí una coca-cola zero. Consulté el móvil seis o siete veces, pero Pertu seguía sin dar señales de vida. Aburrido de leer y de marear por Internet, todavía con una hora por delante, saqué la guitarra de su funda, acaricié su madera, cerré los ojos y empecé a tocar bajito, dejándome llevar a otro lugar por los arpegios y los acordes.

How does it feel? How does it feel to be without a home, like a complete unknown, like a rolling stone.

Y, entonces sí, el tiempo pasó volando.

III

Faltaban tres minutos para las seis cuando llegué a mi destino. Estaba muy nerviosa.

La casa se encontraba junto a una carretera bastante transitada de las afueras de Londres. En ambas aceras se alineaban viviendas adosadas de dos alturas, todas con un diminuto jardín delante de la entrada principal. Sin llegar a ser pobres, se trataba de viviendas modestas.

Tanto la portezuela de madera que daba a la calle, algo desvencijada, como la puerta de la casa estaban decoradas con globos de color blanco y rosa. Por las ventanas se oía mucho bullicio, por lo que deduje que estarían celebrando una fiesta de cumpleaños, probablemente de una niña.

La fiesta encajaba con el paquete que me habían encargado entregar: una caja rectangular, de plástico transparente, con una muñeca sentada en un pequeño carrito de bebé.

Cuando dieron las seis, la hora convenida, crucé los escasos cinco metros de jardín y dejé el paquete en el suelo. Me alisé un poco la falda, respiré hondo y llamé al timbre.

A los pocos segundos me abrió la puerta una mujer sonriente y rellenita.

-Buenas tardes -le dije-. Traigo un paquete para Boris.

-¿Quiere pasar? -me invitó, mirando de reojo la caja con la muñeca, que descansaba en el suelo a mi lado y esbozando una sonrisa.

-No, muchas gracias. Prefiero esperarle aquí.

La mujer pareció extrañarse, dio media vuelta y entró en el salón llamando a Boris en voz alta. A través de la puerta entreabierta escuché una algarabía festiva de voces y risas. Hablaban ruso, lo que no me extrañó.

Boris se asomó a la puerta. Era un hombre corpulento, de inconfundibles rasgos eslavos. Tendría unos cuarenta o cuarenta y cinco años.

Como a la inmensa mayoría de los hombres, mi aspecto le produjo un pequeño *shock* inicial, casi imperceptible. Recuperada la compostura, me preguntó con un aire de extrañeza:

-Soy Boris: ¿me dicen que tiene algo para mí?

Antes de que pudiera responderle, el hombre reparó en la caja que descansaba a mis pies. Al ver su contenido fue como si un rayo le hubiera caído encima. Comenzó a temblar y me miró lívido, con unos ojos vacíos que eran la pura expresión del terror. Cayó sobre sus rodillas y empezó a emitir un gemido indescifrable. De pronto se incorporó, salió corriendo hacia la calle y se arrojó bajo las ruedas de un autobús que en ese preciso instante cruzaba por delante de la casa.

4

-Bienvenido Fran. Déjame que te ayude con eso. ¿Tocas la guitarra? ¡Qué top! -dijo mientras me abría la puerta un chico que se parecía mucho más a Jacinto Dávila III que a Max el sacamantecas. Entramos en una habitación mediana, con tres ambientes: una cocina americana a la derecha, una mesa de comedor en primer plano, y, al fondo, dos sofás en ele mirando a una televisión, cerca de una ventana grande.

-Muchas gracias -respondí, dejándole que me ayudara con la guitarra-. Y muchísimas gracias por invitarme a venir. Me da un poco de apuro acoplarme así, pero no sabes lo sucio que estaba el otro sitio -dije, esbozando una sonrisa y haciendo un gesto de disculpa.

-Quita, quita. Si eres amigo de Pertu aquí tienes tu casa. Deja las maletas donde puedas y ponte cómodo. Estoy preparando mi gran especialidad: unos ñoquis al pesto que están de locos. Por cierto, ¿has traído birras? -dijo mientras levantaba las cejas y sonreía. El tío era realmente simpático, la verdad, y me trataba como si nos conociéramos de toda la vida.

-Por supuesto -respondí, sacando dos cervezas y un pack de cuatro natillas con submarinos de galleta de mi mochila.

-¡Genial! Déjalas por aquí, en cualquier sitio. Bueno, si quieres te enseño tu habitación, y puedes ir vaciando un poco tus cosas y darte una ducha o lo que te apetezca. La cena estará como en quince minutos. Siento las horas, pero he terminado de trabajar tarde.

A la izquierda de la sala principal arrancaba un pequeño pasillo que conducía a las habitaciones. La primera puerta de la izquierda daba a una habitación amplia, que supuse que sería la de Jacinto. Al fondo de pasillo estaba el cuarto de baño. Y a la derecha un cuarto algo más pequeño, donde dormiría esa noche. La habitación era sencilla: una cama, un escritorio, un par de baldas en la pared, encima de la mesa, y un armario empotrado. Sin ser la suite de ningún hotel, la habitación era exactamente lo que hubiera pedido: era acogedora, parecía luminosa y estaba limpia.

-Pues nada, lo dicho. Relájate un poco, estira las piernas y nos vemos en diez o quince minutos en el salón. Y escribe a tus padres o a tu novia diciéndoles que has llegado bien -añadió-: seguro que lo agradecen.

-Estupendo. Millones de gracias... Oye, por cierto, ¿cómo quieres que te llame? ¿Jacinto o Max? Estoy un poco confundido. Si te digo la verdad, ni siquiera sé quién eres.

-Es una larga historia, luego te la cuento. Me llamo Jacinto Dávila, pero prefiero que me llames Max. Bueno, sitúate un poco y te veo en un rato para cenar -dijo, dejándome solo en la habitación.

Me quité los zapatos y, antes de tumbarme en la cama para poner en orden mis pensamientos, escribí a Pertu: "Tu amigo Max es un crack". Todavía estaba tumbado mirando al techo cuando recibí su respuesta. "No conozco a ningún Max. Me alegro de que estés bien".

5

La cena fue muy entretenida. Max era de esas personas con las que enseguida se encuentran temas de conversación, con las que el tiempo pasa volando. Parecía tener interés por todo lo que le contaba, escuchando con atención, asintiendo con la cabeza e intercalando comentarios, que a veces eran serios y a veces totalmente peregrinos.

Le conté cómo me había matriculado en Periodismo contra el consejo de mis padres. Que durante la carrera había hecho prácticas en diferentes medios de comunicación, sobre todo en la radio, que era mi pasión. Y que me encantaría ser locutor, para lo que era recomendable hacer un máster de radio en Madrid que costaba un dinero que no tenía. Aunque mis padres se habían ofrecido a pagármelo, no me parecía justo pedirles ese sacrificio, ya que nunca habían ido sobrados de dinero. Éramos cuatro hermanos y la situación económica en casa nunca había sido muy boyante. "Ese dinero os lo tenéis que gastar vosotros: haced algún viaje, daos un capricho o compraos un coche mejor. Ya me toca empezar a buscarme la vida", les respondía cada vez que me insistían en asumir ellos ese último gasto. "El último gasto será la boda, no os intentéis escaquear", les decía bromeando.

-Total, que mis planes a corto plazo consisten en pasar un año en Londres trabajando, estudiando inglés y ahorrando para pagarme la matrícula del máster y la estancia en Madrid.

-Oye, ¿y la guitarra? - me preguntó con interés.

-Bueno, además de periodista en paro soy músico. Tengo el grado de guitarra del conservatorio y me encanta tocar. De hecho,

mi plan es alternar el trabajo de camarero con el de músico callejero.

-¿En serio? ¡Cómo mola! ¿Y qué tipo de música tocas?

-Pues de todo. En el conservatorio practicamos mucho clásica, como te podrás imaginar. Yo compongo cosas un poco más folk. Pero bueno, en la calle imagino que tocaré temas conocidos, pop rock y tal. Te digo por experiencia que la gente conecta más con canciones que ya conoce que con obras que no ha escuchado nunca, por muy buenas que sean. Si tocas la Macarena o Despacito la gente te hace la ola; pero si tocas Asturias u otro tema clásico y difícil, la gente te pone cara de interés un par de minutos, pero luego empieza a bostezar.

-Vamos, como con las tías -zanjó misteriosamente Max mientras se metía en la boca sus dos últimos ñoquis. Y aclaró: -Si eres un guaperas deportista, todas van detrás de ti; pero si eres alguien profundo, tienes algún michelín y te llamas, pongamos por caso, Jacinto, la cosa se complica.

-Los tíos, sin embargo, no somos tan superficiales ni nos dejamos llevar por las apariencias -repuse tirando de ironía.

-¡Así se habla! -zanjó Max mientras se reía y apuraba el último sorbo de su cerveza.

Sin darme cuenta, llevaba hablando casi media hora sólo de mí: mis estudios, mi familia, mis planes... El plato de pasta que tenía delante estaba casi sin empezar.

-Oye Max, cuéntame tú alguna cosa. ¿Qué haces en Londres? ¿Cuánto tiempo llevas aquí? ¿Cómo es eso de que te hagas llamar Max?

-Vale, ¿por dónde empiezo?

-Quizá por lo de Max.

-Muy bien. Como te he contado, es una larga historia. No porque se tarde mucho en contar, sino porque se remonta a 1679,

año en el que tenemos la primera partida de bautismo de un tal Jacinto Dávila, curtidor en Salamanca. Desde entonces, la cadena de Jacintos Dávila no se ha roto, por lo que yo soy Jacinto IX.

-Oye, pues suena bien, como a nombre de rey o de Papa -comenté.

-Hombre, suena bien como anécdota o como historia de sobremesa. Pero tiene algunos inconvenientes. En primer lugar, el número. De hecho, durante estos años he sido Jacinto VII, Jacinto VIII y ahora soy Jacinto IX. Esa inestabilidad me está matando -dijo con una media sonrisa mientras abría unas natillas.

-¿Cómo es que cambia la numeración? -Aquello era realmente extraño-¿Tienes más hermanos que se llaman como tú? ¿Tu padre es polígamo? ¿Os alternáis los números con el profesor venezolano de danza criolla?

-¿Cómo sabes lo del profesor venezolano? -dijo con una carcajada-. Ese tío es un advenedizo. El tema no es ese -explicó tras darle un chupetón a la tapa de sus natillas-. Lo que pasa es que mi abuelo sigue investigando en registros y archivos y remontándose en el árbol genealógico, y cada ocho o diez años aparece otro Jacinto Dávila, en una escalera que parece no tener fin. De todos modos -continuó-, el tema del número no es el principal inconveniente. El problema son las chicas.

-No me dirás que tus hermanas se llaman Jacinta -le interrumpí.

-No, no son mis hermanas. Me refiero a mis novias. O a mis proyectos de novia. Las dos veces que he invitado a una chica a mi casa, antes de preguntarle ni siquiera cómo se llamaba, mi padre le ha advertido con el dedo índice levantado: "El primer niño Jacinto, ¿eh?"

-¡Qué presión!

-Desde luego. A mi madre le hace gracia, pero a mí ninguna. Yo creo que las espanta. En fin, bromas aparte, el principal motivo del cambio es que los ingleses tienen mucha dificultad en pronunciar el nombre, que termina siendo Hasintow.

-También podrías acortarlo, en plan "Hasin"...

-¿Tengo cara de egipcio? Además, ponte luego a explicar que Jacinto es el nombre de una planta. Como llamarse Florian. O Amapolo. Vamos que, tras veinte años de resistencia estoica, he decidido darme una tregua y hacerme llamar Max. Hay gente que se rebela contra sus padres echándose una novia gótica, rapándose la cabeza o poniéndose un piercing. Yo me he cambiado temporalmente el nombre. Max. No me digas que no es un buen nombre.

A mí, personalmente, Max me sonaba a nombre de perro o de hámster, pero opté por no cortarle el rollo.

-Muy bueno. No tanto como los ñoquis, pero casi -bromeé mientras terminaba mi plato, que estaba realmente delicioso.

-“Max, eres el mejor”. “Max, te voy a subir el sueldo”. “Max, eres un cielo”. “Max, estás tremendo”. No me digas que no suena bien.

-No hay duda -respondí. Su lógica era realmente aplastante. -¿Y qué haces en Londres? ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

-Esa historia es mucho más corta, apenas tres años. Pero tardo bastante más en contarla. Si quieres, la dejamos para mañana.

-¿Un pequeño resumen?

-Como quieras. He trabajado dos años como esclavo y ahora soy luchador de wrestling.

Claramente yo no había sido el primero en buscar a Max Dávila en Google.

-Ahora en serio: trabajé dos años en banca, y ahora trabajo en una empresa que importa productos españoles: tomates, vino, naranjas y tal. Mañana te cuento con más calma. Estarás cansado

y querrás irte a dormir. Además, te toca fregar. Quien cocina no recoge, es una de las pocas reglas de esta casa.

Sin mover ni un plato, Max me señaló el fregadero, se fue al sofá y se puso a mirar su móvil repantigado. No habían pasado ni dos minutos cuando me preguntó distraídamente:

-Por cierto, Fran, ¿tienes ya representante?

-¿Representante de qué?

-No sé. Has dicho que eres músico.

-Sí, pero... ¿para qué quiero yo un representante?

-Quién sabe -replicó sin apartar la vista de la pantalla-. ¿Para acogerte en su piso y darte de cenar cuando no tengas dónde caerte muerto en Londres?

Sonreí en silencio mientras terminaba de frotar la pequeña cazuela de aluminio en la que Max había cocinado los ñoquis. El agua caliente resbalando por mis manos, el chirriar sordo de la bayeta al frotar los vasos cristal, la espuma desapareciendo con dificultad por el desagüe... todo aquello me hacía sentirme realmente como en casa.

VI

Esa tarde había descendido un escalón más hacia el infierno.

Daba vueltas y vueltas en la cama, sin poder conciliar el sueño. Apenas cerraba los ojos, volvía a ver la mirada de pánico de Boris, a sentir su gemido de desesperación, el sordo crujido de sus huesos debajo de las ruedas de ese autobús.

Febrilmente, entre sudores fríos, me repetía que -aunque no podía saberlo- yo había jugado un papel fundamental en aquella historia macabra. Lo peor, de todos modos, no era eso, sino la certeza de que aquello era solo el comienzo, el acto inaugural de una nueva etapa de mi estancia en Londres. Y la progresiva toma de conciencia de que la suerte de aquel pobre hombre era un preludio de la que podría ser la mía. No exagero si digo que aquella fue la peor noche de mi vida.

Por la mañana, bien arreglada y maquillada, volví a la universidad fingiendo una alegría que llevaba meses sin sentir.

7

-Si no me dejas pagarte nada me voy. Una cosa es pedirte un favor y otra ser un parásito.

-Fran, tío, no te pongas pesado -repuso Max con una nota de impaciencia en la voz-. Mis padres me pagan el alquiler. Tengo un buen sueldo. Me forré durante dos años en los que vendí mi alma al Banco de América. Y, además, prefiero vivir con alguien que vivir solo. Si estuvieras en mi situación, tú a mí tampoco me cobrarías.

Aquel chantaje emocional quizá le serviría con otros, pero no conmigo. Realmente, tenía muchísimas ganas de quedarme a vivir con él. En aquellos siete días había estado de maravilla: la casa era estupenda, la habitación perfecta, y Max era un compañero de piso sencillamente genial: estaba un poco tronado, pero al mismo tiempo era inteligente, discreto y muy ingenioso. De todas formas, yo me había trazado unas líneas rojas, y una era que no iba a vivir de la caridad. Si estaba en Londres era precisamente para buscarme la vida, para aprender a sacarme las castañas del fuego yo solito, y aquello no cuadraba con vivir de gorrón en una casa ajena.

-Pues ya está todo dicho. Tendré que irme -repuse, levantando los hombros-. Pero bueno, eso no te exime de tus obligaciones como mi representante... -añadí para quitar algo de hierro a la situación.

Max suspiró y, por un momento, pareció darse por vencido. Le observé atentamente mientras se mordía el labio inferior, inclinaba la cabeza y fijaba sus ojos en el techo, como quien rumia bus-

cando una salida en una difícil situación. Pasaron unos segundos, en los que procuré mantener mi cara de póker mientras por dentro sólo pensaba: "Cede tío, no seas cabezota. Quiero quedarme aquí. Coge el maldito dinero y dáselo a una ONG".

-Se me está ocurriendo algo interesante... -un brillo en su mirada reveló que había tenido una idea-¿Accederías a pagarme en especie?

-¿En especie? ¿A qué te refieres? -repuse confundido.

-Muy sencillo. En lugar de pagarme dinero, cosa que ya te he dicho que no voy a aceptar, podrías asumir algunas de las tareas de la casa. Limpiar, por ejemplo. Quizá podrías encargarte de limpiar un par de días a la semana el salón y el baño. O hacer la compra. O cocinar y preparar la cena para los dos de vez en cuando. ¿Qué te parece?

Aquello me pilló totalmente de sorpresa.

-También puedes pasear al perro -añadió.

-No tienes perro.

-Compraré uno.

Max estaba cogiendo carrerilla. De los pocos días que le conocía había aprendido que cuando Max entraba en modo genio-loco su lógica era absolutamente irrefutable, con lo que corría un grave riesgo de ser convencido con facilidad. Necesitaba estar solo y considerar si lo que me proponía era razonable y justo. No quería regalos encubiertos y todavía no estaba seguro de que en su oferta no hubiera gato encerrado.

-¿Me dejas que lo piense un rato? -pregunté titubeante, para ganar tiempo.

-Por supuesto -me contestó-. Eso sí, no te entretengas mucho que si decides aceptar tendrás que preparar la cena -añadió, dejando escapar una sonrisa.

Diez minutos después salí de mi habitación. Max estaba trabajando con su portátil en la mesa del comedor. Lo cerró y me miró con un gesto de expectación.

-Limpiaré la casa tres veces por semana. Tu habitación incluida. Haré la cena todos los días y la compra una vez a la semana. Plancharé la ropa. Y la comida la pago yo. Son mis condiciones y son innegociables. Eso sí -concluí-, al perro no pienso pasearlo.

-Cría cuervos y te sacarán los ojos -repuso Max, mientras estrechaba la mano que le había tendido.

Loco de alegría, corrí a deshacerme definitivamente la maleta.